

Cachorros de arena

Lola Vivas

Torreozas

Torreozas, 2020

 escuela de
escritores

Los 33 relatos que componen *Cachorros de arena* hablan de lo anómalo dentro de lo cotidiano: una madre y una hija que viven en la misma casa y nunca acaban de encontrarse, un nacimiento en la fecha y el lugar equivocado o cuatro hermanos adultos que salen ateridos de sus casas en mitad de la noche en busca de algo que dejaron atrás en la infancia. Estos son algunos de los escenarios aparentemente «normales» sobre los que se asienta lo extraño, el germen oculto por donde indagar en el deseo de re-construcción



de la memoria; también son la excusa para abordar la propia identidad – personal o colectiva–, y su solidez frente a la alteridad esto es, el yo o los «yoes» quebradizos pero anhelantes que a toda costa y pese a la contemplación atónita de su extrañeza, buscan un lugar en el mundo.

«...una ventana con vistas a lo inquietante por la que contemplar una sucesión de personajes frágiles, incompletos, que despiertan hebras de ternura porque están siempre a punto de dinamitarse obedeciendo un mandato que se dan a sí mismo como un don. Una ventana por la que se adentra en la lectura un caudal de invención con la niebla de lo que perturba». **Esther Peñas**

La autora: Lola Vivas



Lola Vivas ha vivido casi toda su vida en Madrid y en esta ciudad ha desarrollado la mayor parte de su carrera artística.

Al terminar sus estudios de Diseño en la Universidad Politécnica de Madrid, completó su formación humanística con estudios de artes plásticas,

fundamentalmente de pintura y escultura y dedicó veinte años al mundo del arte exponiendo su obra de forma regular tanto dentro como fuera de España.

Ha colaborado en prensa escrita en la realización de monográficos de arte, como *free lance* en diseño y también en la organización de exposiciones temáticas como *Nueve de nuevo*, *El ojo Oeste* o *Zona de sueños para mariposas*.

Forma parte de la cuarta promoción del Máster de la Escuela de Escritores y es fundadora y directora de Cafetería ad Hoc, un espacio cultural-librería en Madrid donde también es profesora de Escritura Creativa y Relato Breve/Avanzado.

Algunos de sus relatos han sido publicados en varias antológicas (Diez relatos de mujeres, de la editorial Torremozas, Queda la música y Tic Tac Tic Tac de la Escuela de Escritores), en revistas (Cuentos para el Andén nº53, enero de 2017). *Cachorros de arena* es su primer libro de relatos.

Lola Vivas

cachorros de arena

«... pues ya había visto en ella vitrinas cargadas
de objetos y había sentido aumentar la luz de mis ojos»

F. Hernández. *El acomodador*.

Los cuatro hermanos han crecido. Por eso, al caer la noche se levantan de sus camas, se calzan las gastadas botas y bajan silenciosos a la entrada de la casa.

Y una vez allí, deslizan la puerta corredera.

Asoman sus cuerpos casi adultos al enorme jardín.

Y con pequeños pasos inciertos, atraviesan la hierba –su olor vigente–, y dejan atrás el hormigón del muro y la cancela altísima al tiempo que, sin poder evitarlo, se preguntan muchas cosas. Imaginan si será suficiente. Si a fuerza de deseo, cuanto han enterrado durante años en ese lugar será esa noche de nuevo visible.

Y dudan.

La posibilidad del fracaso les encoge los ojos.

Les hace temblar de frío.

De rabia.

Por eso, durante largos segundos, los cuatro hermanos piensan si acaso darse la vuelta y regresar a sus camas deshechas.

Pero miran entonces sus manos vacías.

Huecas.

Perciben en ellas la ausencia de calor al mismo tiempo.

Así que para vencer el miedo, tratan de evocar cada hoja y cada tallo de ese parque. La luz ambarina que bajo el castaño de indias todavía acota el recinto de la zona infantil. Y enseguida se descubren allí mismo.

De nuevo. Abrazados bajo las ramas inmensas que se descuelgan sobre el tobogán de hierro mohoso. También junto al columpio azul turquesa, los aligustres en fila. Y la fuente coronada y seca. La enorme jaula con periquitos verdes y rojos.

Y lo miran todo: es este mismo suelo, se dicen mientras asienten complacidos.

Sentándose allí.

Sin pensarlo dos veces.

Dejándose caer sobre esa tierra húmeda y formando un gran círculo bullicioso del mismo modo que lo han hecho cada tarde de su infancia. Y se sientan tal y como lo recuerdan: cruzando las piernas por delante de sus cuerpos, agarrándose las manos los unos a los otros, tratando de cuchichear secretos al oído y haciendo trampas y bromas. Algo que, en cuestión de segundos desanda los

años de esas ramas y de ese parque, merma cada hoja y cada tallo del mismo modo que a los hermanos les acorta los brazos y las piernas. Y les incita a mover los talones arriba y abajo tal y como lo hacían cuando eran niños. Siguiendo una especie de ímpetu poderoso que todos a la vez perciben en su pecho.

Pum, pum. Pum, pum. Lo oyen.

Raspando el suelo con los talones de sus botas, dibujando una corola de piernas y pies en la que los pétalos pasan a ser sus propias cabezas. Están exaltados, se sienten tan aventureros y atrevidos como se sentían tiempo atrás. Porque de pronto, lo saben. Lo recuerdan. De alguna forma enigmática, se dan cuenta que es imposible no hacerlo. Ellos no son solo hermanos, también son cachorros de arena. Cachorros valientes que al anochecer escapan de sus casas, que descubren bajo un castaño de indias un mismo anhelo profundo, que escarban y escarban la tierra buscando algo que no saben muy bien lo que es pero que –están seguros– les llevará a ese lugar ardiente y luminoso, un lugar rodeado de acechantes montones picudos –casi como los que rodean una meseta volcánica, piensan–, uno de esos lugares, se repiten fascinados, en donde podrán quemar todo tipo de horizontes inútiles y donde será posible parar de una vez por todas este tiempo.

Y les parece mentira.

Tan cerca de nuevo los unos de los otros, tan cerca.

Así que por eso los hermanos aúnan esfuerzos, aúnan arrojito también durante horas. Hasta que amanece sobre sus pies. Hasta que la luz del día incide directamente sobre las suelas gastadas de sus botas. Es entonces cuando están a punto de llegar a la tierra más caliente –esa que es casi negra– cuando todos a la vez se frenan en seco, paralizados y confusos sin saber muy bien qué hacer.

Uno de ellos, el más pequeño, es el primero que percibe cómo sus brazos vuelven a extenderse, cómo empiezan a crecer de nuevo sus piernas al tiempo que los otros, estremecidos por la claridad, alzan sus caras exhaustas para comprobar que el castaño se agita, que se agita el tobogán junto al columpio, que se agitan también los periquitos verdes y los rojos.

Hasta que el parque arranca todas las luces y sus cuatro cuerpos vuelven a ser los de cuatro muchachos crecidos.

Los hermanos, entonces, se observan de reojo con cierta vergüenza. Permanecen inmóviles unos segundos. Luego se ponen en pie con cuidado, limpian lo mejor que pueden el barro adherido a sus botas.

Y se dan media vuelta.

Evitan a toda costa el profundo agujero que les ha dejado esa noche.